

Carrillo, Ramiro. «Habrá que plantar buganvillas en los adosados». En *Paisaje y esfera pública*, editado por Orlando Franco y Mariano de Santa Ana, 44-46. Las Palmas de Gran Canaria: Centro Atlántico de Arte Moderno, 2008.

[ISBN: 978-84-89152-58-8]

Habrá que plantar buganvillas en los adosados

Ramiro Carrillo

Cuando era niño aprendí que el verde norte de Tenerife era alegre y hermoso mientras el sur era árido y feo, una idea que condicionó mi mirada sobre el paisaje durante muchos años, aquellos en que di por hecho que una región era bella o ingrata porque lo era, no porque así lo hubiera aprendido. Parece evidente que esta forma de ver tiene relación, al menos en parte, con una estetización de la habitabilidad del territorio: los campos fértiles son siempre vistos como entornos bellos, mientras que solemos hallar desagrado en los desiertos y páramos secos. El paisaje, no hay que olvidarlo, es ante todo una imagen, una representación de lo real: un terreno fecundo e irrigado es percibido como hermoso porque relata una vida fácil y pródiga. Este arquetipo est  culturalmente muy asentado, concretado en el imaginario occidental en el mito del Jard n del Edén. De ahí que el reiterado t pico de las Canarias como «Jard n de las Hesperides» est  vinculado a la estampa paradigmática del paisaje de las islas como vergel, ignorando la realidad de un territorio caracterizado por su diversidad geográfica.

La imagen de unas islas paradisíacas, frondosas y soleadas, se difundió masivamente durante los años sesenta y setenta para publicitar el archipiélago como destino turístico, y no deja de resultar curioso cómo muchos lugareños, y por tanto conocedores de la realidad local, hemos llegado a creernos el artificio hasta el punto de observar nuestro entorno con el prisma del enfoque publicitario, llegando a pensar que el paisaje que se nos propone como paradigmático efectivamente contiene algo así como el alma de «lo canario». Buena parte de la población de las islas sigue encontrando sus «señas de identidad» en un conjunto más o menos amplio, más o menos codificado, de iconos, objetos, paisajes y hábitos culturales que – supuestamente– describen a los canarios más allá de que, en la práctica, esa cultura forme o no parte de sus vidas.

De esta manera, cuando el turista o el lugareño se detiene en el Mirador de Humboldt para disfrutar de la estampa de La Orotava, lo que est  haciendo en realidad es, básicamente, reconocer y validar ciertos códigos con los que ha aprendido a percibir ese territorio como un paisaje hermoso y, de hecho, «canario». Es más, mediante su sensación de disfrute de la vista, o de nostalgia –por los tiempos en que había más plataneras que adosados–, est  siendo partícipe de la perpetuación interesada de un modelo muy concreto de paisaje.  se que sigue vinculando la «esencia canaria» a las imágenes de un tipismo fácil de balcón canario y buganvilla, incluso después de que el motor de la poderosísima industria turística no sea ya el amable vergel de unas islas paradisíacas pero civilizadas, sino la conversión en parque

temático de la ecuación sol–playa–diversión nocturna. Incluso ahora, en la publicidad electoral suena de fondo la música de timple, y las arengas políticas inflaman los corazones llamando a la ciudadanía a la protección de «lo nuestro».

Se plantean entonces extrañas contradicciones, cuando se nos recuerda el compromiso con la preservación de «lo canario» al tiempo que los sectores económicos más importantes –el turismo y la construcción– son los factores más destructivos para el paisaje asociado a esa imagen. Y lo más perverso es que los sectores políticos que cultivan –y cosechan– la nostalgia de «lo canario» son los mismos que gestionan la economía que compromete su pervivencia.

Que el paisaje es imagen, y que ésta es política, se cumple a la perfección en las islas, donde la construcción interesada del paisaje alienta la nostalgia por una «canariedad» que no existe –que nunca existió– y al hacerlo, desplaza la atención del ciudadano desde la preocupación por la gestión sensata y sostenible del territorio que habita hacia la preocupación por la pérdida de un paisaje idílico que no es más que un catálogo de imágenes que hemos aprendido a percibir como «nuestras».

Siga entonces el ciudadano preocupándose por «lo canario», los problemas del territorio se resolverán, sin duda, plantando buganvillas en los adosados.

Ramiro Carrillo.
Santa Cruz de Tenerife, noviembre de 2007